HERALDO DE ALCOY

NÚM. 1.533 — DIARIO DE AVISOS, NOTICIAS É INTERESES GENERALES — AÑO VII

1902

Domingo 12 de Octubre

El coracero de madera

(CUENTO)

I

La escena se desarrolla en el boulevard y en la esquina de la calle de Taitbout.

Cae una lluvia menuda, fina, casi invisible, como si saliese de un pulverizador colosal que oprimiese allá arriba una mano gigantesca.

El cielo es gris y pesado. Los árboles perdieron sus hojas, y el lodo negro salpica y cubre los pavimentos y aceras.

Se siente frío, pero aquel frío molesto propio de Diciembre, que parece traer consigo alfileres agudos; pero, á pesar del frío, el boulevard está lleno de gente.

En la esquina de la calle de Taitbout hay un muchacho parado. Tiene unos diez años; mechones de cabellos castaños mal peinados caen sobre sus orejas, y en forma de espigas rígidas cubren su frente y sus cejas también. No anda el chico muy bien trajeado. Su pantalón, su chaleco y su abrigo han sido, sin duda, cortados por mala tijera en un corte de terciopelo de pana, antes de color marrón y hoy de un gris indefinido. Todas las piezas son largas y holgadas, pero hay la esperanza de que los pequeños crecen, si no mueren antes. El muchacho no parece torpe.

Sus ojos son azules, pequeños, vivos y dulces.

Se llama Carlos Frou. Su padre es hombre pacífico y el chico también.

II

Hace pocos días que el padre se dedica á explotar la venta de un nuevo juguete consistente en un coracero de madera, en actitud marcial, que esgrime el sable galopando encima de un caballo brioso. Este se mueve encima de unas ruedecillas y el sable se levanta, baja y gira en rededor de la cabeza del héroe, atravesando pechos imaginarios, cortando cabezas invisibles, mientras el coracero, con los bigotes erizados, mueve los ojos más feroces que vieron enemigos.

El papá Frou vende muchos coraceros de esta clase, y suele pasear su mercancía á lo largo de los grandes boulevares, desde el Ambigú á la Magdalena.

El es quien ha instalado á su hijo en la esquina de la calle Taitbout con una tablilla colgada al cuello por un tirante y llena de un escuadrón de coraceros deslumbradores y arrogantes.

Cada mañana entrega veinte al muchacho y hay que advertir que cada coracero vale veinte monedas de á cinco céntimos.

Todas las noches cuando el muchacho vuelve al piso sexto de la casa de la calle de las Acacias, debe Carlos entregar tantas veces veinte monedas de á cinco céntimos cuantos sean los coraceros vendidos.

Bajo la lluvia fina y menuda, Carlos tiembla. Sus mejillas, sus orejas y narices aparecen muy encarnadas y sus manecitas heladas están metidas en sus bolsillos. Con voz atiplada y quejumbrosa anuncia su mercancía:

—¡Coraceros, señores, coraceros valientes á veinte sueldos!...

La muchedumbre, llena como él de frío, pasa indiferente. Y Carlos repite su anuncio, con regularidad, con aquel ritmo callejero que aprendió de su padre.

Parece que su voz tenga algo de plañidero. No es que sienta frío solamente. Harto acostumbrado está á las inclemencias del clima. No es tampoco que se sienta malo ni que tenga hambre, pues es chico robusto y su padre es muy bueno y le provee de abundante comida. Entonces ¿por qué llora? ¿Por qué mira con ojos de espanto á todos los que se acercan á él? ¿Por qué se fija con tanto asombro en los muchachos ricos que se aproximan tentados por la gallardía del coracero de madera? Y ¿por qué, finalmente, cuando le dan el dinero y el soldado desaparece en poder del comprador, sus labios se hinchan y sigue con mirada de desesperación al niño que se lleva al coracero entre la muchedumbre de transeuntes?

Hoy la venta ha sido buena. No le queda más que un juguete, un solo coracero, mientras en su bolsillo suenan diez y nueve piezas de veinte sueldos.

III

Acompañado de su madre pasa cerca de él un niño casi rozándole. Es pequeño, escuálido, flaco y desmedrado. Anda con gran dificultad y tiene una jiba en sus espaldas. Tiene la misma edad que Carlos Frou. Sin haberse dirigido nunca mútuamente la palabra, hace tiempo que se conocen, pues se han cruzado á menudo en la calle. El jorobadito se llama Gastón Lembelly—demasiado nombre para tan poco cuerpo—y su madre es una señora viuda muy rica que habita en el piso primero de la calle de las Acacias, de la que es propietaria.

Al pasar delante de Carlos, Gastón se detiene. Ha conocido á su vecino y sonríe dándole los buenos días con un movimiento de cabeza. Gastón se da cuenta del juguete puesto sobre la tablilla.

—¡Oh, mamá!, ¡el bravo coracero! ¡qué hermoso!...

Sus ojos ribeteados de negro, sus ojos de enfermito destinados á cerrarse pronto para siempre, se alzan más y más y su manecita larga, flaca, y blanca como la cera, avanza con avidez, toma el coracero y hace jugar el resorte que mueve el sable, los ojos del militar y levanta el caballo, de suerte que éste galopa y el soldado esgrime su arma, que atraviesa pechos y siega cabezas enemigas.

—¡Mamá!, cómpramelo: ¡te lo ruego!

—¿Cuánto cuesta?, preguntó la madre á Carlos Frou.

—Veinte sueldos, señora.

—Ahí van.

Y Gastón Lembelly se lleva el juguete. Nada queda ya sobre la tablilla. Carlos baja la cabeza, sus labios se contraen, hace esfuerzos inauditos para no llorar. Pero... no puede, y rompe en sollozos extraños, tocando casi con la frente la tablilla vacía y siempre con sus manos abotargadas en los bolsillos.

—¡Ay! ¡ay! ¡ay!—va exclamando el pobrecillo, mientras su pecho se oprime.

Gastón Lembelly le ha oído. Vuelve hacia él y arrastra casi por fuerza á su madre.

—¿Por qué lloras?—le dice tuteándole. ¿Alguien tal vez te ha hecho daño?

Carlos solloza. Nada responde, pues no podría responder tampoco.

El enfermo insiste:

—Veamos, dice, ¿por qué lloras?

Carlos enjuga sus ojos pasando la manga de su traje por ellos, pero los ojos encuentran el contacto de las manchas de barro y unas líneas grises muy antipáticas se dibujan en el rostro de Carlos. Entre sollozos y con frase entrecortada explica así su desazón:

—Yo no lloro... nadie me hizo daño. No, no, yo no quiero llorar... pero ¡ay! mis coraceros.

—¿Es tal vez que no te los han pagado?

—Es que yo les quiero tanto ¡tanto! ¡Son tan hermosos! Cuando los tengo todos en frente los miro con orgullo y siento con ellos un placer extraordinario. Pero, jamás los he tocado; papá me lo tiene prohibido. Y cuando todos se van con los compradores, lloro mu ho, sí, porque quisiera tener uno para mí, ¡para mí solamente!

—¿No has pedido acaso nunca uno á tu papá?

—Sí... pero papá no quiere. Cuestan muy caros.

El enfermito miraba al vendedor de coraceros con ojos suaves y apacibles.

—¡Sí, sí! ¡quisiera uno!—sollozó Carlos.

Entonces Gastón le da su juguete.

—¡Tómalo! te lo doy; guárdate el dinero y tómalo.

Carlos Frou no puede creer en lo que oye y ve. Con sus manos tendidas, los dedos separados, los ojos asombrados y la boca abierta, mira con vacilación á su amiguito y no acierta á darse cuenta de tan súbita felicidad.

El enfermo pone encima de la tablilla de Carlos el coracero de madera.

y conservando la corona de sus glorias, de sus tradiciones y de su altivez, sería un valladar que salvaría á la Europa de ser envuelta en las olas de la revolución social que se extiende formidablemente desde los más humildes hogares á los más encumbrados tronos, amenazando arrollar en su corriente los restos dispersos de las sociedades y de las familias.

Nuestras dos animosas niñas ofrecieron sus vendas y sus hilas á los heridos, dieron los últimos refrescos á los soldados que peleaban, y se disponían á volver á Zaragoza, cuando un pelotón de soldados que marchaba al sitio que le había sido designado, las envolvió por un momento, y aunque las dos amigas se estrecharon asustadas, tuvieron que separarse impulsadas por los numerosos grupos de paisanos que seguían á la tropa.

Estrella corrió hacia los combatientes buscando á Carmen.

—¿La habeis visto? preguntó á los más cercanos.

—¿A quién, hermosa niña?

—A mi amiga Carmen, que traía también refrescos y vendajes.

—No: ¿es aquélla? y el soldado señaló á una mujer, que colocada á la grupa de un caballo que montaba un oficial francés, gritaba y hacía esfuerzos por desasirse.

El caballo pasando al galope por entre las balas, se alejó bien pronto en dirección al ejército enemigo.

—¡Ah! ¡Dios mío! ¡aquélla es! exclamó llorando Estrella; ¡y se la llevan! ¡Ah, Carmen! ¡Carmen! Dios mío, qué va á ser de mí!

Y Estrella siguió llorando y llamando á su amiga.

En aquel momento los defensores de Zaragoza se estrecharon para rechazar al enemigo, y Estrella oyó á un oficial decir á su jefe, que no era otro que el valiente Qüadros:

—Mi coronel, los franceses avanzan decididamente...

—Mi coronel, dijo uno de los oficiales que le rodeaba, si los franceses llegan, si nos envuelven, ¿qué debemos hacer?

—*Pardiez*, contestó Qüadros, *debemos morir*.

Nuestras niñas llegaban en este momento á la batería.

—¿Quereis agua? preguntaron á los artilleros.

—Dame, hermosa niña, dijo Qüadros que se disponía á montar á caballo: ¿cómo te llamas.

—Carmen, dijo dulcemente la linda joven, presentándole un vaso de agua.

—¡Así se llama mi hija! murmuró el bravo coronel. ¿Y á qué venís?

—Venimos á ayudar á nuestros hermanos, dijo Estrella que era la más atrevida.

—¡Sois dignas españolas! Adiós, hijas mías, pedid á la Virgen la victoria.

Y revolviendo su caballo, voló á los sitios en donde el peligro era mayor.

Las dos niñas lo miraron con interés.

—¡Qué jefe tan valiente!

—¡Y qué amable! exclamaron.

Y viendo á Palafox cruzar á lo lejos, después de hablar á los bravos Renovales y Sas, se alejaron hacia el puente de la Huerva.

Las animosas jóvenes siguieron hacia la puerta del Portillo; y aunque las balas silbaban y el cañón atronaba el espacio, no retrocedieron.

Las provisiones de sus cestitas estaban casi agotadas.

Sin pensar en la distancia que tenían que recorrer, seguían adelante, cuando vieron venir hacia ellas un pelotón de soldados, que con su jefe á la cabeza iban á prestar socorro á los de Santa Engracia.

—¡Manuel! exclamaron á un tiempo las dos niñas reconociendo al capitán.

—¡Estrella! ¡Carmen! ¡qué haceis aquí?

—¿No es verdad, mamá, que tú lo quieres?

—Sí, hijo mío—exclama la madre conmovida.

Y la señora de Lembelly desaparece entre la muchedumbre acompañada del jorobadito.

Carlos Frou llega á la calle de las Acacias. Sus cuentas están conformes. Tenía por la mañana veinte coraceros. Por la noche ha traído veinte francos.

Ha escondido su juguete en el bolsillo. Por la noche, en su camita juega con él, y también lo mismo por las mañanas antes de salir. Y lo trae por los bulevares, temeroso de que su padre se le halle y le obligue á venderlo.

Así sucede durante todo Diciembre. Pero el muchacho vive alegre y gozoso entretanto. Y su voz, aunque débil de ordinario, no revela tristeza alguna al pregonar:

—¡Coraceros, señores! ¡Coraceros á veinte sueldos!

V

Han transcurrido dos meses. El muchacho de la esquina no ha vuelto á ver al enfermo jorobado, pero el arrogante coracero sigue siendo objeto de sus delicias. Un día oye decir:

—Gastón Lembelly, el hijo de la dueña de la casa, está muy grave.

Carlos Frou siente oprimírsele el corazón y que acuden muy abundantes lágrimas á sus ojos. Dos días después dice su padre:

—Gastón Lembelly ha muerto.

Carlos se encerró en su dormitorio. Acostóse, lloró mucho, muchísimo, pero sin darse cuenta. Durmióse entre las lágrimas y lloró aún entre sueños.

Al día siguiente vió encima de la puerta-cochera de la casa varias colgaduras negras con estas dos letras de plata: G. L.

Y entre coronas de flores y cirios encendidos, un ataud pequeño, tan pequeño que hubiera bastado seguramente para un muchacho de cinco años.

Detrás del ataud se formó una gran comitiva de amigos y conocidos. Y detrás de todos, mal peinado como de costumbre y con las manos en el bolsillo, Carlos Frou seguía con aire melancólico.

El cielo era gris y sombrío. Carlos no osó penetrar en la iglesia. Vagó por las calles vecinas y se volvió á juntar á la comitiva cuando ésta se dirigió al cementerio de Montmartre.

Cuando tuvo lugar el entierro de Gastón, mantúvose á lejana distancia. Aparecía confuso y como si cometiese alguna travesura. Y se alejaba de los guardias del cementerio, de puro miedo de ser arrojado de allí.

Y vió desfilar hombres y mujeres enlutados, lo mismo que algunos niños, que tenían como él los ojos llorosos.

VI

Cuando no hubo nadie en derredor de la tumba de Gastón, y éste quedó abandonado de todos, Carlos se acercó con timidez, mirando si alguien le acechaba.

Pero, no: ¡estaba solo!

Entonces, con precaución, con una ternura inexplicable, sacó de los hondos bolsillos de su pantalón el coracero de madera.

Contemplólo por espacio de un segundo, hizo mover el resorte... por última vez el caballo galopó, el sable giró con furor vertiginoso haciendo víctimas imaginarias...

Carlos abrazó al soldado y con una angelical candidez depositó el juguete en medio de las coronas de flores de la tumba del jorobadito.

JULIO MARY.

EL CRIMEN DE BOLONIA

El asesino del conde Bonmartino llegó anteayer á la ciudad donde, antes de su crimen, adquiriera notoriedad merecida por su talento, por su elocuencia, por su carácter franco y abierto y por sus ideas adelantadas.

Hijo de un médico célebre en el mundo entero, reputado por su ciencia y por su corrección intachable, Julio Murri, joven, elocuente, dotado de un temperamento de atleta y de un talento natural muy grande, abogado ya famoso, parecía destinado á un porvenir brillantísimo que probablemente interrumpirán largos años de *carcere duro*.

El delito parece á primera vista muy vulgar. Dos cuñados que se odian á causa de una hermana y esposa que atiza las rencillas hasta convertirlas en rencor implacable, una disputa que acaba en riña, una riña que se transforma en crimen.

La esposa del conde Bonmartino era hermana de Julio Murri; se había separado ya una vez de su marido y reconciliádose con él. Y cuando la discordia podía darse por extinguida, cuando el odio parecía apagado, he ahí que las pasiones hierven de nuevo y de tal modo trastornan los cerebros que impulsan á cometer un homicidio. La esposa, la mujer que había compartido el lecho de la víctima; la que fué deseada y amada con verdadero furor por el que ya no padece desamor ninguno, entrega la llave de la habitación de su marido al hermano irascible con el ademán trágico que Guzmán el Bueno tuvo al lanzar el puñal á los asesinos de su hijo. Y aquella llave se convierte en arma y el crimen se perpetra.

Durante los primeros días nadie sospecha del criminal. Este ha simulado un robo y así despista á la policía. Pero algunos indicios acusadores hacen descubrir á los culpables. Un amigo de Julio Murri es detenido en Génova; la Condesa Teodolinda, esposa de la víctima, ingresa en la cárcel de Bolonia y Julio Murri es detenido en el extranjero.

Se acusa á la viuda de ser instigadora y cómplice del crimen y de complicidad se acusa también á Valdi y á Bettina, amiga ésta de Julio. Los cuatro parece que se sentarán en el banquillo de los acusados, á pesar de que Julio Murri declara que únicamente él es culpable de la muerte de Bonmartino, pues le mató luchando y estando á solas con él.

Este crimen hubiera tenido escasa resonancia á no ser que, en vez de haber muerto un hombre á otro hombre, hayan luchado dos tendencias sociales, reñido dos castas, chocando dos corrientes.

Era Bonmartino tan conocido, tan rico, tan noble, que toda la aristocracia boloñesa canta sus virtudes y pinta á su asesino con los colores más negros, y le ataca con saña y le echa en cara defectos que quizá no le aquejaron nunca, y le atribuye costumbres que puede ser que nunca tuviera.

Julio Murri tiene tantos amigos, era simpático de tal manera á muchos miles de sus conciudadanos, que algunos de éstos, con mejor intención que buen acuerdo, han puesto á la víctima como digan dueñas, han manchado de un modo terrible su memoria y, continuadores del sistema egipcio, le juzgan después de muerto con una severidad á que no estuvo acostumbrado en vida.

Algunos periódicos adornan á la víctima con todas las buenas cualidades que puede tener un hombre: era un caballero sin tacha, buen esposo, buen ciudadano, caritativo, comedido, de irreprochable conducta. Dos ó tres individuos de la aristocracia rompen lanzas en su favor; un general, Panizzardi, le abona. Y otros periódicos aseguran que era un bellaco, un vil, un miserable: su título de conde, apócrifo; su virtud, la capa que ocultaba unas costumbres disolutas hasta la repugnancia: su fortuna un mito: su nombre verdadero un misterio. Jugador, libertino, Rocambole auténtico, merecía mil veces la puñalada que le dejó sin vida.

¡Cuán bueno, cuán simpático para algunos Julio Murri! ¡Cuán canalla y vil y repugnante para otros! ¡Cuán infeliz y digna de compasión la condesa Teodolinda, la víctima de los malos tratos de Bonmartino, la mujer de inteligencia clarísima, de instrucción vasta y esmerada, de casi universal cultura! ¡Cuán solapada, según sus enemigos, cuán miserable y viciosa! Préstanle iguales pasiones que á Tamar y á Lucrecia Borgia; la acusan de venalidad, de indecible hipocresía y la convierten en causa y autora del tremendo crimen que dejó sin vida al hombre que había mezclado con ella la sangre de sus venas!

¿Se aclarará el misterio? ¿Revelarán la verdad los debates judiciales? ¿Será condenado Julio Murri, ó conseguirá un veredicto absolutorio? ¿Quiénes son los buenos y quiénes los malos de esas gentes que unas á otras se difaman y calumnian?

MARCO POLO

DIARIO DE AVISOS

ANUNCIO

Se halla vacante en la Escuela Superior de Industrias de Béjar la plaza de Maestro de Tejidos que comprende la enseñanza Teórico práctica de las secciones de tejidos y aprestos de lana, dotada con el sueldo de 2.000 pesetas anuales con cargo á los presupuestos generales del estado, y 2.000 de gratificación del Excmo. Ayuntamiento de dicha ciudad, pudiendo además el expresado maestro encargarse de trabajos en alguna fábrica particular que elevaría la retribución considerablemente.

Dicha vacante ha de proveerse en el turno de concurso libre, pudiendo aspirar á ella todo español mayor de 23 años y que no se halle incapacitado para ejercer cargos públicos.

Los aspirantes dirigirán sus solicitudes al Director de la Escuela de Béjar dentro del plazo de 15 días á contar de la publicación de este anuncio en los periódicos de esta localidad, acompañando los méritos y servicios que les convenga justificar.



Santo de hoy.—La Dedicación de la Santa Iglesia Mayor y Nuestra Señora del Pilar.

Santo de mañana.—San Eduardo rey.

—¿No estás herido, verdad? dijo Estrella sin contestarle.

—No, á Dios gracias; ¿pero á qué venís?

—A buscarte, dijo Carmen poniéndose encendida.

—¿Y Blanca?

—Ha quedado en casa, han llevado un herido.

—Lo habreis recibido, ¿no es cierto?

—Oh! sí!

—¿Y tú dejas sola á la pobre Blanca? Vamos, vete á casa y no hagais locuras; y tendiendo rápidamente la mano á Carmen, que la estrechó ruborosa, se alejó á reunirse con los suyos.

—¿Qué hacemos? preguntó Estrella.

—Irnos. Ya ves lo que ha dicho Manuel.

Las jóvenes se volvieron por el mismo camino.

Cuando llegaron á Santa Engracia, el combate había crecido.

Las balas se cruzaban y caían sobre aquel apiñado gentío, que seguía inmóvil en su puesto.

Los franceses, creyendo que un esfuerzo supremo podría darles la victoria, y desesperados con una resistencia que no esperaban, se lanzaron á los débiles muros, á las movibles baterías que apenas resguardaban á los bravos defensores.

Pero tras de aquellas tapias de tierra, había murallas de corazones.

D. Manuel del Castillo, capitán del primer batallón de Voluntarios de Aragón, hermano de Estrella y amigo, ó quizá algo más, de su amiga Carmen, llegaba entonces con sus fuerzas.

El coronel D. Antonio de Qüadros había mandado avanzar un cañón, que esparcía el terror y la muerte en las filas francesas; el bravo Renovales secundaba admirablemente esta maniobra, y avanzaba con los suyos hacia las tropas enemigas.

La caballería francesa, con el valor de la desesperación,

acometía á los defensores; resistiendo el choque pero desunidos un momento por él, los franceses llegaron hasta el cañón, y quisieron cambiar las cureñas, pero allí, los que habían osado adelantarse, quedaron sin vida.

Algunos lograron entrar hasta el cuartel de caballería; la confusión era inmensa, los paisanos se revolvían contra ellos, persiguiéndolos, y en la plaza del Portillo acabaron con los que no habían huido.

Entre tanto los voluntarios y las tropas ocuparon sus puestos.

La puerta de Santa Engracia, amenazada por el enemigo, se llenó de valientes que acudieron á su defensa.

Renovales se apoyaba con los suyos, y muchos paisanos que se le habían unido voluntariamente en la Torre del Pino.

Qüadros sostenía sus posiciones en la puerta de Santa Engracia, y cuando el enemigo hizo avanzar un cañón y alguna caballería, el vivísimo fuego que los recibió, los acertados disparos que diezmaron sus filas les hicieron retroceder, replegarse, y perseguidos de cerca por los leones españoles, dejaron en su poder armas y banderas, como trofeos de su victoria.

Apenas puede nuestra pluma consignar esos grandes hechos, asombro del mundo.

¡Cuán grande era el pueblo español, cuando unido por una sola idea, la de su independencia y su deber, asombraba á Europa con su valor, y le marcaba á la luz de su brillante defensa la senda que debía seguir!

Si el pueblo español recordara sus pasadas glorias, si supiera que su libertad, su independencia, su altivez, se afianza en esos principios salvadores que sus padres sostuvieron á costa de su vida; si pensara que el pueblo unido por ese invisible y admirable lazo que se llama *deber* es siempre fuerte, no gastaría su sangre y su inteligencia en estériles luchas; no buscaría grandeza en lo que sólo puede ofrecer miserias,



En la parroquial de Santa María terminan hoy las Cuarenta Horas á San Leonardo. A las siete y media Misa de Comunión; á las ocho y media se manifestará á S. D. M., á las nueve Tercia, siguiendo la solemne Misa mayor á toda orquesta, ocupando la sagrada cátedra D. José Llopis Cortés, capellán de San Mauro. Por la tarde, á las cinco, Vísperas y Completas, rosario, ejercicio del mes, trisagio, procesión claustral y reserva solemne á Jesús Sacramentado.

En la de San Mauro y San Francisco, celebra su fiesta la V. O. T. de San Francisco. A las siete y cuarto Misa de Comunión; á las nueve función con el Señor expuesto y sermón por el Dr. don Rafael Sanus, Pbro. Por la tarde, después de Vísperas, procesión de la Venerable Orden Tercera y bendición papal.

En la capilla de la Virgen de los Desamparados, al anochecer, rosario, lectura y salve cantada.

—Por real orden que publica la «Gaceta», se dispone que los alumnos que terminaron el bachillerato y la licenciatura en los exámenes de Septiembre, puedan hacer durante el corriente mes de Octubre, la matrícula ordinaria.

—La sociedad «Moderna de Cazadores» inaugurará esta tarde, á las tres, la temporada de tiro de pichón en «Les Llometes».

—Se encuentra en esta ciudad un electricista que sabe su obligación y desea colocarse en su oficio ó en un almacén análogo.

Las personas que quieran utilizar sus servicios, pueden dirigirse á esta Redacción.

—Las Juntas directivas de los tejedores mecánicos y manufactureros en lana, han convocado á todos los pertenecientes á estos dos oficios, á junta general extraordinaria para hoy domingo á las nueve de la mañana, en el local social (Pintor Casanova) para tratar la siguiente *orden del día:*

Dar cuenta del estado de estos dos oficios.

Reorganización de los mismos.

—Como habíamos anunciado, ayer llegó la acreditada sombrerera de Valencia D.ª Amparo Pla, y como en años anteriores, ha instalado su salón de ventas en la fonda del Comercio de esta ciudad.

Su magnífica colección de sombreros llamará indudablemente la atención de las señoras, tanto por la elegancia de la confección como por la economía en los precios.

Para las señoras que deseen adquirir modelos parisienses, trae una buena colección de los de la más alta novedad, que ha adquirido directamente de París en su último viaje de compras.

Felicitamos sinceramente á la señora Pla por los desvelos que se impone para facilitar á las señoras de esta población las últimas novedades en el artículo á que se dedica, por lo que nos permitimos recomendarla á las señoras que deseen vestir con elegancia.

—Entre las notas gráficas que figuran en el último número de «La Ilustración Española y Americana,» sobresalen las reproducciones del admirable techo pintado por Emilio Sala para el palacio de S. A. la infanta doña Isabel, y de un lindísimo cuadro de Malhoa. En la sección de actualidades aparecen, entre otras, fotografías de Zola, de la fachada de la Latina y de las «Bodegas bilbaínas» incendiadas.

El texto va firmado por distinguidos escritores.

—Con objeto de aportar un surtido escogido y mejorar cada vez más su colección en el artículo de sombreros para señoras y niños, no llegará á esta ciudad, hasta el próximo lunes día 13, doña Pilar Aura Calvo, portadora de los últimos modelos, la que tendrá especial gusto en recibir la visita de sus distinguidas clientes como de costumbre en la plaza de San Cristobal, 18, segundo.

—Recomendamos á nuestros suscriptores el anuncio de la tercera plana «No más hernias Tortosa», pues dada la práctica de treinta y ocho años en su especialidad, ha hecho un adelanto que sin duda alguna y á nuestro entender, es la única especialidad del día.

—No hay vinos superiores á los de la casa del señor D. Pedro DOMECQ, universalmente conocida. En 170 años de existencia ha extendido su fama y relaciones en todos los mercados del mundo.

¡Oh! enfermos que padecéis!

Recobrad la alegría, pues en pocos días recobraréis la salud aunque sea el mal crónico de más de veinte años. Para detalles léase el anuncio «Confites antivenéreos, Roob antisifilítico, Inyección Vegetal COSTANZI».

NODRIZA

Luisa Martí, de 37 años, con leche de un mes, domiciliada en la calle de San Miguel núm. 14, piso tercero, desea encontrar criatura para su casa.



INFORMACIÓN ESPECIAL DE NUESTRO CORRESPONSAL SR. PUIG

(ALCANCE POSTAL)

Madrid 10

El Banco

A las seis de la tarde terminó la sesión celebrada hoy por el Consejo del Banco de España.

Despachados los asuntos informados por las Comisiones, el Consejo se ocupó del personal de las agencias de París, Londres y Berlín; cuyas plantillas fueron aprobadas en el anterior Consejo.

Como todavía no se han fijado las categorías y sueldo que han de tener los empleados en las Agencias, aun no se ha tratado de las personas que han de ocupar los más importantes puestos de aquellas dependencias.

Los sucesos de La Línea

Cádiz.—Se reciben en este Gobierno civil noticias de los sucesos ocurridos ayer en La Línea como consecuencia de la clausura del Centro obrero anarquista.

El paro fué general, y en vista de la negativa del comandante militar á que se celebrase en la plaza de toros un mitin, los huelguistas intentaron hacerlo en las Pedreras.

La guardia civil los disolvió, y al regresar los obreros á la población lo efectuaron tumultuariamente, haciendo fuego sobre la benemérita y los soldados.

Los paisanos que atacaban á la fuerza pública, según las noticias oficiales eran unos 5.000, y la mayoría iban provistos de armas de fuego.

De la lucha resultaron muertos cuatro paisanos.

Se sabe que hay muchos heridos y que se han curado en las casas particulares para eludir la acción de los Tribunales.

Las calles y puntos estratégicos han sido ocupados militarmente.

Han llegado á La Línea más fuerzas del Ejército.

Telegrama de Guerra

La Línea.—Comandante general á ministro Guerra:

Desde las diez de la noche quedó restablecida la normalidad una vez publicado el bando declarando estado de guerra. En la madrugada de hoy salieron los obreros al trabajo, como de costumbre, sin ocurrir incidente alguno. Se han verificado varias detenciones, instruyéndose procedimiento militar. En inmediaciones cementerio formáronse grupos, que fueron disueltos sin resistencia. Llegó el batallón de cazadores de Calatrava. Continúan las precauciones.

Un vapor perdido

Gibraltar.—El vapor «Irurak Bat», de la matrícula de Bilbao, de 1.276 toneladas de porte, que días pasados encalló en un sitio próximo á Tarifa, se ha perdido totalmente, después de haberse conseguido salvar gran parte de su cargamento de cebada.

Un hebreo muerto

Tanger.—Por cuestión de naipes disputaron esta mañana dos hebreos, viniendo á las manos, y resultando uno de ellos con una terrible puñalada, que le produjo la muerte á los pocos momentos.

El Sr. Maura

Madrid 11 (14-35)

Refiriéndose el Sr. Maura al Gabinete actual, dice que, positivamente, no hacía nada y que estaba muerto; pero que, no obstante, puede asegurarse que nadie se interpondrá, por ahora, en su camino, bastándole para continuar así por algún tiempo, seguir como hoy está: intentando demostrar que hace algo.

Las maniobras militares

Madrid 11 (17-20)

No es cierto que el ministro de la Guerra haya dispuesto se suspendan los ejercicios militares anunciados en la tercera región. Estos se verificarán con arreglo á las órdenes dadas, y el gasto que ocasionen está ya calculado y dentro de los recuersos del presupuesto.

El general Weyler no asistirá á ellos, porque no se trata de grandes maniobras, sino de un ensayo de movilización completado con algunas evoluciones sobre la costa.

De regreso

Madrid 11 (19-10)

En el expreso de Andalucía, ha llegado esta mañana á Madrid el Sr. Romero Robledo.

A Zaragoza

Madrid 11 (19-40)

El ministro de Agricultura Sr. Suárez Inclán ha llegado á Zaragoza, marchando seguidamente á Calatayud.

Tranquilidad

Madrid 11 (19-55)

Los telegramas de La Línea, acusan tranquilidad.

Romero Robledo

Madrid 11 (20-10)

El «Heraldo» de esta noche publica una interesante interview con Romero Robledo.

ANUNCIOS